

Nuevos imaginarios socioespaciales de la vida cotidiana en una plaza histórica. El Zócalo de la ciudad de México, un espacio multiterritorializado.

Raúl Romero Ruiz¹

"al llegar a este espacio de 200 metros de norte a sur y de oriente a poniente, lo quieras o no, y por muy rápidamente que lo cruces, te convertirás en un viajero, especie en extinción.

Un viajero, alguien distante de la prisa del turismo, recupera en el Zócalo, aún a pesar suyo, la mirada histórica".

Carlos Monsivais

Resumen

Imaginar la plaza de la Constitución en el corazón del Centro Histórico (CH), mejor conocida como el "Zócalo" o la "plancha"; conlleva la evocación del pasado, estructura, representaciones y dinámica de una identidad nacional, la mexicana. El siguiente estudio se centra en la historia reciente de finales del siglo XX y primeras décadas del XXI. A partir de ello, se proponen dos momentos fundamentales que caracterizan este proceso de transición. Primer momento: la estructura de una nueva entidad política, denominada Gobierno del Distrito Federal (GDF), toma en sus manos la dirección de la ciudad por primera vez en 1997, promueve una administración del primer cuadro del Centro Histórico distinta a la conocida, haciendo de este espacio sede privilegiada de una política local, promoviendo un giro de actividades artístico-culturales masivas en esta plaza pública. Dicha intervención contraviene la representación socioespacial dominante, la de la historia oficial reconocida con una importante carga simbólica y hegemónica. Segundo momento: aterrizamos a ras de suelo, en la "plancha" de la plaza de la Constitución de la ciudad de México, con los usuarios, practicantes de este lugar, allí donde y cuando la realidad de la *vida cotidiana* se materializa en cada escenificación producida socialmente, donde el papel catalizador de un plan de control pierde su objetivo e intención, y el *espacio practicado y vivido*, da cabida, no a la reproducción, sino a la producción de un espacio de vida, que se abre camino en la cotidianidad de lo común, de lo que en ocasiones se invisibiliza, de lo que se da por sentado y siempre ha existido. El asidero de acciones que la nueva administración implementó en esta plaza, más allá de su intención de control y sin que así lo buscarán, se convirtió en un quiebre de sentido social, que interpelo la producción de nuevos o renovados imaginarios socioespaciales sobre este sitio, con significados que contravinieron las hegemónicas representaciones de un lugar determinado por lo simbólico en el sentido nacionalista o mítico de la historia oficial, sino del lugar por conocer, por vivir, en términos experienciales y relacionales a través de la microterritorialización de su vida cotidiana.

Palabras clave: imaginarios, vida cotidiana, territorialidad, espacio, plaza pública

Introducción

¹ Profesor-investigador Departamento de Sociología, UAM, México. Miembro de la RIIR (GT Estudios Urbanos, Teoría y Metodología)

Se puede comenzar por señalar que la socioespacialidad de una plaza es multiterritorial² de acuerdo con su propia condición *suigeneris*, es decir, la pequeña plaza de un pueblo, la de un barrio o de una ciudad media, en realidad, comparte dimensiones de complejidad identificadas en todas ellas, aunque en grados y mediaciones distintas. Si comenzamos por tratar de homologar aspectos de identificación o perfil común acerca de cómo se construye una plaza, podríamos señalar que no existen criterios precisos en términos de las proporciones o elementos que se deban disponer, toda vez que son tan diversos los elementos, ya sea formales, funcionales y/o simbólicos que producen que cada plaza se vuelva única. Sin embargo, lo que sí podemos es aproximarnos a describir y entender de qué está hecha la plaza, es decir, identificar todos sus componentes materiales e inmateriales que la vuelven funcional y configuran el perfil de sus representaciones ancladas (Moscovici, 2003) y objetivadas (Jodelet, 1986) así como el rastreo de la producción imaginarios, superestructuras culturales entretejidas mediante las prácticas en la cotidianeidad del espacio (Lindón, 2020)

La plaza no es un espacio contenedor en términos euclidianos, se constituye como un organismo viviente dentro la ciudad, su morfología es una serie componentes fundamentados en su condición económica, política, simbólica, cultural y hasta tecnológica; entre otras, que dan sentido a la dinámica de su funcionamiento. Continuando con esta perspectiva sobre de qué está hecha una plaza, considerando componentes materiales e inmateriales; un primer nivel de observación, que es inmediato al proceso de descripción, es lo visible de una plaza. Podemos sostener que, en gran medida, la materialidad de la misma es envolvente de su identidad territorial, no obstante, con el paso del tiempo la plaza como concepto materializado de la ciudad moderna, ha sido transformado permanentemente como elemento testimonial del transcurso de la historia de la ciudad y sus centros, éste es un proceso que es evidente principalmente en países hispanoamericanos.

Por principio de cuentas, se devela la plaza de la constitución como un locus en el que se efectuaron los eventos más reconocidos que dieron pie a la concepción de nuestra ciudad, el espacio de esta plaza pública, ha sido el encuentro plural de la otredad; George Simmel hacía hincapié en la diversidad de mundos, en términos controversiales y sin posibilidad de pretensión de uno de ellos por encima de los otros, es decir, “hay y debe haber distintas verdades para formas y posiciones de vida distintas” y ha sido justo en esta plaza pública el lugar en el que el encuentro de las resistencias y su constante enfrentamiento se ha catalizado en la búsqueda de reconocimiento, como un laboratorio de controversia permanente nunca acabado.

Lo cierto es que la línea de vida de la plaza pública, es consistente con su funcionamiento en cada época de la historia de nuestra ciudad, asimismo, conflictiva en su constante proceso de

² Rogério Haesbaert en su libro *O mito da desterritorialização: do “fim dos territórios” á multiterritorialidade*. 3º ed. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2007, señala que la multiterritorialidad se constituye desde la idea de territorio como un híbrido, sea entre el mundo material e ideal, sea entre naturaleza y sociedad, en sus múltiples esferas (económica, política y cultural).

cambio por la reconfiguración que ha sufrido en la definición de su papel y singularidad otorgada por sus interventores

La referencia central de lo anterior es la Plaza Mayor o bien Plaza de Armas en su momento, la cual se vuelve fundamental para entender el espacio público en el Centro Histórico de la ciudad de México. Este sitio identificado hoy como el corazón de la ciudad, como el “Zócalo” o “la Plancha” de nombre oficial Plaza de la Constitución; constituye la plaza pública e imagen donde se edificó la nación y por tanto el lugar de vínculo y encuentro de unidad e identidad; condición que hoy puede ser cuestionada. Sin embargo, actualmente es la plaza pública por excelencia que determina un semillero de nacimiento de representaciones sociales e imaginarios colectivos de la ciudad

Lo que conviene enfatizar en torno a esta conceptualización de la plaza pública, es que se ha definido como un bien patrimonial e histórico de la identidad nacional, no obstante, al mismo tiempo, la realidad cotidiana más allá de este discurso y el esfuerzo de su materialización por parte del gobierno local, la plaza pública también es resultado de la territorialización cotidiana y experiencia de vida de actores materiales e inmateriales al ras de suelo, que practican este sitio y lo reconfiguran por sobre cualquier consigna. En un sentido descriptivo, es el lugar donde recae la experiencia que se genera en la relación del sujeto social con su entorno.

Ahora, como antecedente conviene señalar que la plaza pública en México, y su origen y desarrollo, se caracterizó de forma común en tres etapas históricas centrales de la ciudad, a decir la época prehispánica, la colonial y la moderna. En todas ellas este lugar fungió como el centro de la organización de la vida orgánica de la ciudad. Materialmente fue un espacio radial que definió la plaza como núcleo de crecimiento de la ciudad y su sociedad. De forma natural desde la época de la primera traza de la ciudad, la visión espacial para los pueblos mesoamericanos implicaba nacer y confluir en la plaza pública, de modo que, desde entonces, se gestó ese sentido de “centro” y centralidad, con fines principalmente de encuentro y representación, cabe señalar esto como un componente que explica forma heredada de territorializar la plaza pública.

Michel Rouquette (2002), mencionaba que el Zócalo es una suerte de prototipo de toda sociedad moderna, donde cada día convergen diversos componentes que se cruzan en la plaza, entre ellos el poder, el recuerdo, la religión y el comercio; los militares, los manifestantes, los indígenas, los hombres de negocios y los vendedores ambulantes, sin olvidar a los clientes, etcétera y, en este contexto preguntaba: ¿No se trata entonces de una una cognición encarnada, materializada, que pone en escena una diversidad de representaciones? Y él mismo afirmaba que si, y estas no son cualesquiera, ni arbitrarias, corresponden a los planos temporales; es decir, todas las representaciones sociales de la plaza se anclan a una historia que las cruza.

Una pregunta obligada en el contexto de esta situación es ¿cuál es esa historia de la plaza pública dentro de la ciudad en esta transición temporal? El presupuesto de su función puede ser considerado desde la intervención continua y permanente de sus practicantes; en este sentido, el habitar la ciudad y sus espacios, particularmente la plaza pública, supone un proceso de territorialización, en medida de ello y de quienes lo lleven a cabo, se reconoce la configuración

de sus imaginarios. El contexto central que vuelve coyuntural justo el periodo de este de estudio, fue: 1) la entrada del nuevo milenio y con ello el tan conocido proceso de globalización o mundialización imperante que ha sido el sustento de pensamientos que consideran que la ciudad y en particular su centro es un nodo informacional, de flujos y redes, dentro de una megalópolis; por tanto, se planteó que la imagen de este espacio debía ser renovada y sometida a la revisión de numerosos arquitectos, urbanistas, artistas y demás interesados. Por otro lado, localmente en el marco del “cambio democrático” 2) la estructura de un nuevo gobierno que tomó en sus manos la dirección de la ciudad por primera vez, promoviendo y practicando una administración distinta haciendo de este espacio, sede de una nueva política.

Presupuestos teórico-conceptuales

Reflexionar sobre la ciudad moderna en la escena pública y en el mundo en general, vuelve imprescindible entender su papel dentro del cambio global, así como conocer qué es aquello que viene ocurriendo en su interior, cómo se transforma su sentido territorial y, al mismo tiempo, cómo estos cambios impactan la construcción de nuevas prácticas, apropiaciones e imaginarios socioespaciales.

Las representaciones e imaginarios dominantes de un espacio concebido

Este primer ángulo, trata de un proceso de espacialidad que, desde la planeación, formó parte de un sentido *modernizador* del Centro Histórico, que nació del brazo administrador de la vida de la ciudad (Rabinow, 1989, p. 343), haciéndose efectivo mediante las políticas de manejo y diseño de la misma. En este sentido, se alude a un proceso racional que caracteriza la cara del *espacio concebido*, bajo esta mirada la labor del planificador es la de trabajar a partir de un espacio esencialmente representado o, más bien, concebido. Su pretensión: mutar lo oscuro por algo más claro. Su obsesión: la legibilidad. Su lógica: la de una ideología que se quiere encarnar, que aspira a convertirse en operacionalmente eficiente y lograr el milagro de una inteligibilidad absoluta (Delgado, 2004: 4) En este plano se anclan las representaciones de la plaza, en el espacio delimitado por los planificadores, urbanistas, tecnócratas y tomadores de decisiones sobre la misma.

Michel Foucault propone que, junto con la modernidad, llegan los problemas de gubernamentalidad. En este marco, surge la necesidad de repensar el rol del Estado y las formas precisas del manejo político del poder con miras a lograr el control de la población. Entre ellas, el espacio cobra vital importancia como plataforma que incide directamente en el comportamiento de los individuos, de modo que, el poder debe estar “situado dentro de un territorio, y el territorio bien controlado en el plano de su obediencia al soberano, es un territorio con buena disposición espacial” (Foucault, 2006, p. 33). Esta racionalización del espacio se vuelve un proceso moderno que territorializa³ el poder, lo que a su vez permite el control de su

³ “Territorialidad”, término concebido por Rogerio Haesbaert en *El mito de la desterritorialización* (Haesbaert, 2006: 16), es un concepto que permite comprender el espacio en la ciudad como proceso simultáneo y móvil, cuya producción permanente deriva de las diversas fuerzas y ejercicios que se inscriben en ella, dotándola de sentidos, haciéndola territorio. En el análisis de este trabajo se alude a una vertiente específica: la política (referida a las relaciones espacio-poder en general) o jurídico política (relativa también a todas las relaciones espacio-poder institucionalizadas): la más difundida, donde el territorio es visto como un espacio

contenido: la población. Bajo esta mirada, la ciudad ha resultado un “laboratorio” fértil para la “modernidad social” (Rabinow, 1989, p. 26), es decir, se vuelve el espacio por excelencia para ejercer estos procesos de control, mediante la planificación de la misma, desde una visión racional al estilo *High modernism* (Scott, 1998, p. 88), como un componente que busca el progreso en base a propuestas científicas y técnicas puramente lineales, en las que todo se racionaliza para “delimitar y armonizar un sistema de vida”⁴

Este sentido de modernización parece justificar las decisiones de intervención al espacio y por ende a la serie de aspiraciones de control de la vida social por parte del Estado. Así, la dimensión administrativa ha sido el eje operativo que sistematiza esta aspiración mediante una suerte de ingeniería social, que si bien justifica su intervención como acciones progresistas de bienestar, su finalidad produce suspicacias sobre las intenciones del sistema (Scott, 1998, p. 87-88). Con relación a la visión racional del espacio en la planeación de la ciudad y sus mecanismos de control, parece tener sentido si se considera que el componente utópico en su forma de leer la ciudad y a sus ciudadanos es inherente al plan, a su mapa, a su finalidad, es decir, sin esa característica no se cumpliría su razón de ser.

Con el paso del tiempo, la racionalidad del espacio se convierte en un fin en sí mismo, es decir, en una delimitación que promueve un imaginario oficial y que incide en la población contenida en él, la cual transita de ser dominada y controlada a una población convencida, de manera que el espacio planificado induce un perfil que define formas de actuar, pensar, ver el mundo y entender un rol dentro de éste, sea moralmente, civilmente o religiosamente en cualquier campo. Así, en la constante repetición, este perfil construido se vuelve un fondo revolvente que a través de las costumbres, tradiciones y arraigos –que además son vistos como características necesarias para identificar un sentido de pertenencia a un grupo o sector social, mejor aún, a un territorio específico–, se vuelve un imaginario encarnado por la población, heredado y reproducido.

En muchos casos, este proceso ha constituido importantes cambios y crecimientos trascendentales, y en otros, se ha convertido en un modo de reproducción de lo preestablecido. En torno a esta mirada historizada sobre la racionalidad del espacio, James C. Scott (1998) retoma la crítica de Jane Jacobs⁵ en relación al urbanismo moderno de Le Corbusier⁶, un análisis que se vuelve interesante en tanto se polarizan las visiones de uno y otra. Así, mientras Jacobs constituye una perspectiva etnográfica desde la calle y el barrio en un sentido microsociológico;

delimitado y controlado, a través de lo cual se ejerce un determinado poder, la mayoría de las veces –pero no exclusivamente– relacionadas al poder político del Estado.

⁴ La búsqueda de una sistematización de la vida moderna de la sociedad, a través del conocimiento y la racionalidad del espacio, se fundamenta en un exceso de confianza en la planificación utópica del espacio, con una finalidad basada en una fe casi religiosa de un infalible “bienestar general” de la sociedad.

⁵ Jane Jacobs (1993: 27-29) señala en su obra la necesidad de una espacialidad profunda de la ciudad, donde la interacción entre lo material y lo inmaterial es necesaria como un todo social que la conforma. Afirma que la ciudad es el resultado de la vida pública cotidiana, un producto de lo doméstico urbano, llamado a sustentar la vida en común de sus ciudadanos y, por consiguiente, no puede ser planeada y ordenada de acuerdo con miradas geométricas y euclidianas.

⁶ Le Corbusier (1964: 12-19) plantea una mirada del trabajo arquitectónico sobre la concepción de una ciudad, en el marco de una deslumbrante claridad, simplicidad y armonía. Planear bajo el predominio del orden, muy visual, fácil de entender. Esta visión y su impertinente simbolismo ha sido irresistible para planificadores, promotores, diseñadores y más aún para los gobernantes de la ciudad.

Le Corbusier observa parsimoniosamente desde lo alto, desde el aire. Sería importante pensar que, no tendrían por qué extrapolar sus miradas en relación a un territorio. Si esto sucede es porque sus perspectivas se fundamentan en concepciones distintas, sin embargo, se vuelven pretenciosamente únicas. La actualidad da cuenta de una multiplicidad de formas y modos de vida urbanos en la ciudad, llena de territorialidades múltiples, eventualmente superpuestas, por tanto, sus posiciones pretenden un alcance desde distintos contextos, dando a cada mirada su propio mérito y alcance, convendría pensarlas en condiciones complementarias para el estudio del espacio en la ciudad.

La disidencia imaginaria del espacio practicado y vivido

Desde esta mirada se propone otro ángulo consecuencia del primero, la concepción y sentido de la ciudad se reconocen de mejor forma a través del recorrido de sus espacios urbanos, consistentes en la cotidianeidad armónica de su funcionamiento, y la experiencia del *espacio vivido*; de acuerdo con Gamuchian (1991), quien propone que apropiarse de un espacio, es reconstruir su lógica temporal, y reactivar un mecanismo de articulación entre un tiempo y un espacio, diferente del anterior. El espacio vivido entonces desborda la dimensión física, entraña los lugares de la memoria, individual y colectiva. Emerge de la red de interacciones, relaciones y significados que constituyen quienes lo viven, lo ocupan, le dan un uso, es una dimensión central para el encuentro con la ciudad y sus componentes, en este sentido, las plazas públicas de las ciudades son nodos llenos de elementos intrincados en roles complejos que es necesario desentramar para descubrir y entender su espacialidad, todo ello antes que interpretar a priori su condición.

Asimismo, el sentido del *espacio practicado*, hace posible esa disidencia socioespacial que no se somete al determinismo predado de su representación dominante, se trata de un espacio en el que los individuos y los grupos definen y estructuran sus relaciones con el poder, para someterse a él, pero también para insubordinarse o para ignorarlo mediante todo tipo de configuraciones autoorganizadas (Delgado, 2004). Se subraya una postura construida por los practicantes del espacio, quienes se revelan al código inscrito por los productores y planeadores del mismo.

Ese espacio no es el resultado de una determinada morfología predispuesta por el diseñador, sino de una articulación de cualidades sensibles que resultan de las operaciones prácticas y las esquematizaciones tempo-espaciales en vivo que procuran los viandantes, sus deslizamientos, los estancamientos, las capturas momentáneas que un determinado punto puede suscitar. Dialéctica ininterrumpidamente renovada y autoadministrada de miradas y exposiciones (Delgado, 2004)

De esa manera el espacio trasciende sus características físicas, hasta convertirse en ese lugar donde se gestan las identidades y pertenencias y se realiza la personalidad. Para Raffestin por ejemplo, esta visión constituye la mediación que permite sustantivar el territorio a partir del espacio, la dimensión espacial es su condición y fundamento, pero como una abstracción que se concretiza a través de la acción de un “actor sintagmático” que es realizador de un proceso.

Entonces el espacio, una vez representado, ya no es espacio sino territorio, resultado de un proceso de territorialidad.

Hibridación de las visiones sobre el espacio

Es preciso considerar entonces que el eje central de esta propuesta se enfoca en una mirada que incluye el espacio concebido (absoluto), practicado (relativo) y vivido (simbólico). Por un lado, con la necesidad de un rechazo no absoluto, sino una posición de alternancia a las representaciones pretendidamente hegemónicas del espacio como contenedor inerte, euclidiano y autónomo a la vida social; por otro, la perspectiva del ámbito relacional dentro de la espacialidad y particularmente en los imaginarios socioespaciales, con algunas consideraciones que no rayen en el esencialismo del subjetivismo como unívoco; asimismo, una reflexión que considera una revisión más híbrida del concepto del espacio desde los enfoque performativos y antiesencialistas, particularmente del espacio público en la ciudad moderna.⁷

La importancia de un sentido híbrido del espacio, pugna por una dimensión que no debería ser reificada, ni totalizada en su(s) significado(s). Es decir, el espacio siempre estará cargado de posturas, resistencias, estrategias, ideologías e inercias múltiples; una polisemia de componentes de distintos niveles. Una condición que no podemos soslayar a la hora de intervenirlo y significarlo, como planeador, investigador o usuario.

En el siguiente cuadro podríamos redundar esta perspectiva en un sentido incluyente, que genere una superposición de las dimensiones del espacio y que dan soporte a los planos en que se desarrollan los imaginarios de esta plaza histórica.

Espacio	Perfil	Enfoque	Fuente del imaginario socioespacial
Concebido	Regulado, controlado oficializado	Racional	Los discursos Lo heredado Lo dogmático
Practicado	Prácticas y usos, formas materiales de los entes en el espacio	Pragmática	Lo fáctico Los hechos Lo emergente
Vivido	Subjetividad e impronta social del espacio	Interpretativa	Las motivaciones Los significados
Híbrido	Incorporación de las anteriores	Integral	Territorialidad

Primer momento

El contexto histórico-político de la plaza

⁷ Staeheli L. y Mitchell D., “Locating the public in research and practice” en progress in *Human Geography* 2007 p. 792

Es imprescindible tener presente que las negociaciones que se entablan entre dos poderes con respecto al dominio de un territorio son, de acuerdo con Antonio Moya y Manuel Perló, necesariamente cambiantes, de competencia y de permanente disputa (2003, p. 198). Es bien sabido, que un poder con origen soberano pretenderá ejercerlo con plenitud absoluta; de ahí la razón del inicio de los conflictos con otro poder que obtenga derechos del gobierno sobre la misma circunscripción. De igual modo, las circunstancias del conflicto entre poderes no son una condición plana, es decir, no son provocadas por las mismas situaciones ni con las mismas intensidades; se piensa que los matices en torno a las controversias entre poderes dependerán del momento vivido políticamente por el territorio disputado, por tanto, del caso específico y su momento coyuntural.

A decir de Moya y Perló (2003, p. 205) en la ciudad de México la tendencia dominante a lo largo de su historia ha sido el conflicto y la competencia, más que el acuerdo y la negociación; sin embargo, una situación de interés es la observada en la interfase transitoria al siglo XXI, en los que el predominio del poder central federal sobre el local disminuyó, justamente por la entrada del llamado gobierno democrático, suceso ocurrido en 1997. Esta situación, por supuesto, no disminuyó el conflicto existente desde siempre, pero lo configuro.

Un primer presupuesto causal de este relativo equilibrio de controversias y enfrentamientos puede ser que la posición política de cada poder está bien definida como oposición desde el origen de su formación y a lo largo de su historia; de modo que los enfrentamientos se vuelven más evidentes y con nuevas modalidades del nuevo gobierno, la cual no sólo tiene una estructura orgánica, infraestructura, territorio y derechos, sino una ideología distinta a la que tenía la figura gubernamental anterior.

Los primeros y posibles motivos centrales de controversia entre ambos poderes en el mismo territorio de la ciudad, se deben a la necesidad de resolver aspectos de carácter político, financiero, administrativo y/o urbano y, de manera subrayada, a la situación sobre el control de los recursos fiscales generados por la ciudad, junto con la necesidad de definir qué entidad del gobierno, sea local o federal, debe recaudarlos y por consiguiente ejercerlos en su presupuesto (Moya y Perló, 2003, p. 183)

En este sentido, podemos establecer que el conflicto comienza cuando existe una representación local que produce asimismo un gobierno local proveniente de un partido político diferente al del gobierno federal o viceversa; de manera inmediata la controversia se ancla precisamente al territorio donde ambos poderes se encuentran. En términos generales, la confrontación más evidente entre estos dos poderes de la ciudad, fue la resultante de la orientación política de gobierno, pues el GDF, bajo una plataforma y perspectiva democrática, sostuvo un proyecto descentralizador que apoyó por sobre todo su condición de local, restándole poder al gobierno federal.

La disputa espacializada en el corazón del Centro Histórico

Precisamente a partir de 1997 que inicia el cambio de estatus político en el Distrito Federal y con el primer gobierno en turno del Partido de la Revolución Democrática (PRD), se diseña por

primera vez una serie de programas como el denominado “La Calle es de Todos”, y el “DFiesta en el Distrito Federal”. Iniciativas que promovieron con mayor fuerza actividades tales como conciertos, festivales, exposiciones, obras de teatro, recitales de artistas mexicanos y extranjeros, de géneros populares y de culto, para público infantil, joven y adulto. Se trató de un punto de acuerdo para acciones sobre los festejos alusivos al “Grito de Independencia” propuesto por el legislador Fernando García (2006). Estas actividades masivas comenzaron a permear a la población, volviéndose una fuente de atención y de resignificación de la representación dominante e histórica de este lugar. Si bien, hay referentes con anterioridad a esta política, sobre actividades de este tipo, eran menores, no eran de libre acceso, ni gratuitas; esta condición de volverse eventos gratuitos, resultó uno de los principales argumentos del GDF para responder a las críticas que recibieron.

Vale la pena recordar lo que en ese contexto de cambio y decisiones, no del todo previstas prospectivamente, Alejandro Aura, responsable de estas actividades por parte del nuevo gobierno, afirmaba, respecto a la organización de actividades en la plancha de la Plaza de la Constitución en el marco del nuevo gobierno, mismas que comenzaron con la organización de un baile masivo con la cantante Celia Cruz, que las primeras impresiones de su equipo fueron – de acuerdo a su propia narración–:

“¿Ya preguntaste si se puede bailar ahí?, me dijo una colega de alta jerarquía política, sorprendida por mi ocurrencia. ¿Y quién nos lo va a impedir si el gobierno somos nosotros?, le contesté. No, pero cerciérate de que no haya restricciones constitucionales o limitaciones del uso para ceremonias oficiales. Así nos tenía acostumbrados el Partido Revolucionario Institucional; la ciudad y el país estaban enajenados, había que pedir permiso para usarlos o eso era lo que nos habían grabado en lo profundo del alma” (Aura, 2008).

Ya entrada la primera década, algunas de las declaraciones realizadas a la prensa por grupos políticos antagonistas (senadores priistas y diputados panistas), de quienes ocuparon el GDF, señalaron que se hacía “mal uso” del Zócalo y consideraron vergonzoso que la reciente administración de la ciudad promoviera eventos como los que hoy mismo se realizan de manera común en la plancha: circos, desnudos, bailes de quinceañeras, conciertos y hasta pistas de hielo, entre otras cosas (Morales y Ramos, 2007). Los detractores llevaron el asunto hasta el punto de presentar el caso al Senado de la República, situación que realizó en diciembre del 2007 la senadora María de los Ángeles Moreno, quien presentó su demanda a tratar como propuesta con punto de acuerdo titulado “Respecto a la utilización de los espacios públicos en el Distrito Federal”, suscrita en la Gaceta del Senado de la República en la sesión en comisión permanente del 11 de diciembre de 2007. En esta propuesta se invocó a un imaginario hegemónico, el que se configuró desde el mito de origen, para establecer argumentos como los significados que encierra este sitio para la historia y la cultura de los mexicanos. Rememoro superficialmente la construcción de una ciudad azteca y su civilización, así como la conquista española y el establecimiento de su metrópoli; subrayó también el paso independiente dado en este sitio como ícono de la constitución de una nación.

Volviendo, la postura de la nueva administración en torno a esta serie de declaraciones, en realidad no resultó muy distinta a la de sus críticos, puesto que tampoco estuvo provista de una mirada desde la ciudadanía, consumidores del espacio en esta plaza, sobre el uso del Zócalo. El GDF hizo hincapié en que la política establecida de las actividades programadas, de ningún modo amenaza las facultades y derechos que ya tenían tanto los ciudadanos como las instituciones de la capital; arguyeron que desde que se devolvió a los habitantes el derecho a ocupar esta plaza, se convirtió en un espacio de vitalidad plena.

Ciertamente esta nueva estructura generó expectativas principalmente políticas para dirigir o establecer nuevas acciones respecto de este espacio. Esta forma de reestructurar los planes para su uso a manos de la nueva administración, dio paso a la reconfiguración, adaptación, o reacomodo de las prácticas socioespaciales, asimismo, a la construcción de un imaginario social que emergió con los nuevos usos y apropiaciones del día con día, además de la disputa que siguió vigente sobre el control del sitio, podríamos decir que, al menos hasta 2018, cuando el gobierno federal y el gobierno de la ciudad correspondieron a un mismo grupo político.

La nueva condición que adquirió el corazón del Centro Histórico, no puede ser explicada sin la intervención y réplica de sus usuarios y en una plataforma en que se establecen eventualidades de esta índole, donde la historia local de este espacio se construye socialmente (Romero, 2009, p. 83). Los efectos obtenidos con este plan de acciones activaron la acción colectiva, redefinieron y acrecentaron su espectro con más y nuevos eventos en distintos rubros hasta entonces nunca realizados en este espacio. Lo que podemos señalar es que todas estas actividades carecían de una regulación específica, pues al ser ellos el gobierno en turno y siendo este espacio territorio local, no había que rendir cuentas a nadie más que a sí mismos, y entonces como señaló Aura: “El Gobierno al carecer de una política cultural propia se las cedió a los promotores comerciales, pero sin dejar de ser quien, hasta la actualidad, autoriza y puntualiza las actividades llevadas a cabo en este espacio como un centro de concentración”. Esto demuestra al inicio una probable falta de plan de trabajo sobre el manejo de esta serie de actividades masivas en el Zócalo y por ende sobre las percepciones sociales de ellas.

Con el paso del tiempo, la visión del gobierno local acerca de este espacio y sus actividades mantuvo una perspectiva geométrica, es decir, un espacio inmueble que puede contener actividades que reditúen políticamente, por tanto, buscó establecer un mejor *marketing* para su explotación; situación que, por supuesto, llamó la atención de estratos y posiciones principalmente políticas, interesados en adquirir acciones en la administración de esta plaza, de ahí que prevalece la disputa por el espacio y las anacrónicas y mal fundamentadas argumentaciones de la posición federal para tomar el poder sobre el mismo o del gobierno local para conservarlo.

En definitiva, los enfrentamientos sobre el manejo y control del Zócalo surgieron de forma emergente, y dieron un giro a la concepción social del mismo, como un territorio con una nueva centralidad. Ciertamente, el imaginario que sustentó la reconfiguración de esta plaza, es para la posición política y gubernamental uno, y para los practicantes que viven el espacio, otro totalmente distinto.

Entre la concepción y la práctica del espacio en la plaza

Lo cierto es que esta representación oficial de la plaza, resultó de patrones esencialmente especulativos respecto a la manera de administrar su espacio, basados en criterios técnicos irreales que no consideran condiciones e intereses diversos (Romero, 2009, p. 89). Justamente ante una situación como esta, una respuesta convincente es la de Henri Lefebvre en cuanto a su rechazo a la naturaleza sistémica de lo urbano; y es que parecen posiciones difíciles de conciliar pues se genera una relación más conflictiva que armónica, ya que, a decir de este autor, el urbanismo y sus reglamentaciones no son un sistema que diagnostique condiciones sociales y necesidades en el marco del derecho a la ciudad (Lefebvre, 1976, p. 75). Por tal razón, se construye una ideología que, por condiciones obvias, presupone enfrentamientos.

Caracterización de la dimensión práctica este espacio histórico

La caracterización del tipo de actividades que definió el nuevo perfil de la plaza de la Constitución, procedió de una serie de casos identificados y clasificados sobre los usos masivos registrados en la plancha del Zócalo capitalino (Romero, 2009, P. 103-106). La base de datos se elaboró con un registro longitudinal del 2000 al 2020⁸. Bajo este esquema se consideraron tres tipos: actividades o eventos “organizados”; “co-organizados” y “No programados”; mientras los dos primeros procedían del manejo y política del gobierno, el último, resultó de lo inesperado, sobre todo marchas y plantones.

Cuadro 1. Tipología de eventos en la plaza

Nº	Organizados	Co-organizados	No programados
1	“N” Edición del "Festival del Centro Histórico"	“Juguetón” Anual	Marcha-mitin FPFV
2	“N” Feria del "Día Internacional de las Mujeres"	Concierto “ALAS” por los niños	Marcha-mitin CNTE y SNTE
3	Mega Rosca de reyes de cada año	“Teletón” de fin de año	Marcha- apoyo a Michael Jackson
4	“N” Feria del Libro en la ciudad de México	Flor de lis de Scouts	Marcha-mitin Pro-vida contra aborto
5	Programa de conciertos “DFiesta en el DF”	Marcha “Comunidad LGBTIQ+”	Reunión de cristianos “orar en la plancha”

Fuente: elaboración propia con base en datos recabados en campo

Cabe señalar como parte de los resultados de esta caracterización, que en la política de intervención a este espacio, iniciada desde entonces por el PRD, hubo un aumento de las actividades organizadas o co-organizadas en el Zócalo a través de su estructura; también resulta interesante observar cómo a medida que intervino en más actividades, el gobierno de la ciudad,

⁸ El trabajo de identificación de los casos se tornó difícil considerando que hubo que recorrer varias instancias del GDF y la actual Jefatura de Gobierno de la CDMX, así como de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal y la delegación Cuauhtémoc, instancia que en términos político-territoriales rige el espacio observado. Fue posible observar que al interior de las instancias se establece cierto hermetismo respecto a la información; se puede pensar que las consecuencias de otorgarla entre otras, se relacionen con la postura crítica de quienes el gobierno local y federal denominan “adversarios”. Finalmente se completó la información mediante un rastreo en prensa de todo este periodo.

ganó mayor presencia ante la masa social que participó de estos eventos; por tanto, en la medida en que ha ocupado este lugar, a través de estas actividades, “mata dos pájaros de un tiro”, pues además de lograr un impacto social, logró la reducción de las actividades y eventos (no programados), situación que en años anteriores era casi la única que se mantenía además de eventos de índole protocolar del Estado, como puede visualizarse en las siguientes imágenes.

Imagen 1. Eventos en el año 2000

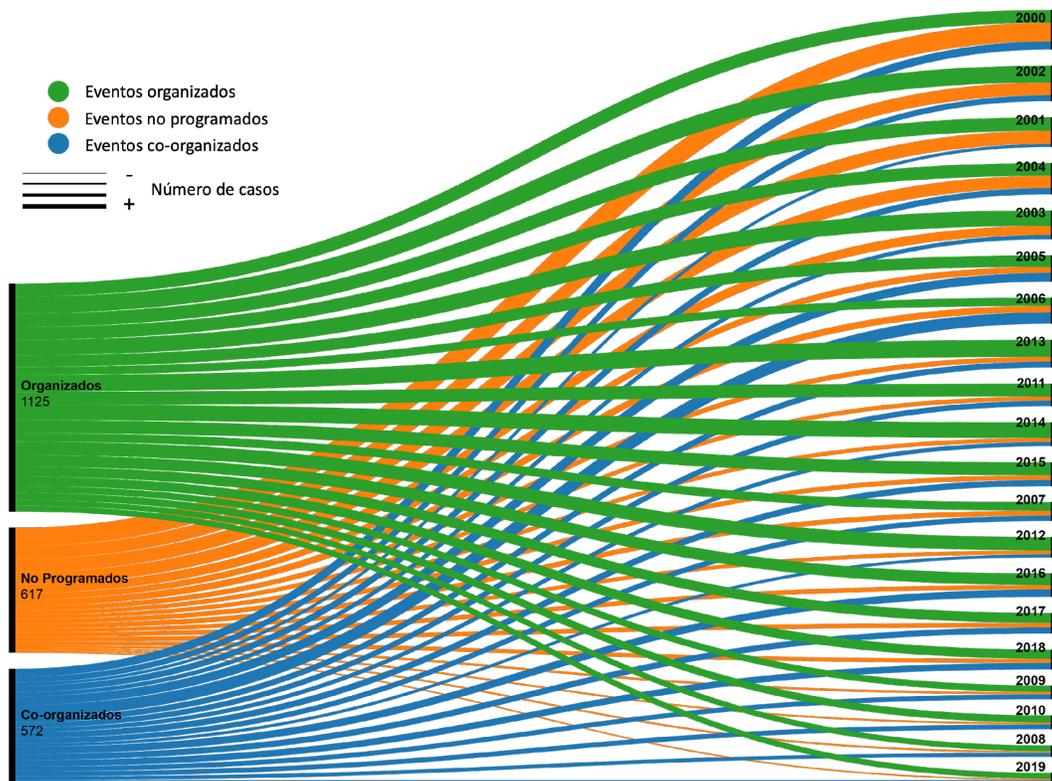


Imagen 2. Eventos al mes de febrero del 2019



Fuente: elaboración propia con base en datos recabados en campo (MaxQda)

Imagen 3. Eventos por año en la plaza de la Constitución



Fuente: elaboración propia con base en datos recabados en campo (rawgraph)

Como se puede constatar en las anteriores imágenes, el curso que tomó la intervención realizada por el Estado al espacio de esta plaza principal del corazón histórico de la ciudad de México, se caracterizó por mantener un control en este nuevo giro de eventos masivos que hasta antes de su gestión no eran comunes. Un primer efecto social que marcó este proceso de transformación de este espacio, más allá de la disputa inmediata con el poder federal, misma que en la actualidad no existe, toda vez que justo ese grupo político disidente que logró llegar al gobierno de la ciudad, es ahora el mismo que detenta el poder legislativo de la nación, fue la disipación del imaginario dominante que permea a la ciudadanía acerca de la plaza.

El segundo efecto esencial acerca de esta reconfiguración de la Plaza de la Constitución como espacio intervenido y producido por el Estado, corresponde al proceso de territorialidad de la vida cotidiana, que renació en esta plaza a través de sus practicantes y se formuló en un plano microespacial. El sentido de la representación oficial del sitio simbólico e histórico conocido, comenzó a difuminarse y entremezclarse con nuevas prácticas socioespaciales a ras de suelo; fundamentadas en nuevos imaginarios dispuestos, construyendo escenarios y su historia a partir del espacio vivido; donde convergen las relaciones del sujeto social con su entorno y se vuelven afectivas a partir de sus propias visiones, percepciones, nuevos usos y apropiaciones, más allá de la coacción de un catalizador que predisusiera el rumbo que tomarían sus acciones.

Segundo momento

Reimaginar la plaza a partir de sus nuevos usos

Tras haber observado la racionalización discursiva político-administrativa; así como su delimitación espacial en torno a la corona central del CH, aterrizamos a ras de suelo, en la “plancha” de la plaza de la Constitución, allí donde y cuando la realidad cotidiana observada se materializa en cada escenificación producida socialmente, donde la función catalizadora de actividades masivas planeadas deja de ser impositiva y de finalidades políticas, donde la contención de hechos inesperados colectivizados que determinan la utilidad del espacio se difumina y da cabida, no a la reproducción, sino a la producción del imaginario social que se abre camino en la cotidianidad de lo común y de lo micro, de lo que no parece evidente, de lo que no se da por sentado, y más aún, de lo que irónicamente siempre ha estado prohibido y sin embargo siempre ha existido.

Es sumamente importante señalar que a partir de este punto, la delimitación espacial de esta plaza, dejó de ser sólo un locus contenedor de los eventos masivos, y se estableció una dimensión de sentido de lugar. Desentramo la realidad contemporánea del espacio socialmente construido en esta plancha de manera *suigeneris*; dando cuenta por un lado, de la existencia de apropiaciones espaciales cotidianas, es decir, no sólo las producidas por la intervención del Estado y como consecuencia de la misma; prácticas no establecidas, diversificadas, efímeras pero constantes por sobre toda reglamentación político-administrativa o territorial que pudiera pretender condicionar su uso; argumentando que el espacio de la plaza es emblemático y representativo del mito de origen, de independencia, de revolución y de conformación de la nación de México o, simplemente, por ser una demarcación político-territorial perteneciente a un gobierno de la ciudad. Por otro lado, como señala Nora Rabotnikof (2003), mostrar cómo esta plancha puede ser considerada un “espacio público por excelencia”, que enmarca escenarios sociales que fortalecen imaginarios de su vida cotidiana, contrariamente a la posición de algunas miradas posmodernas que enfatizan su muerte a manos de la globalización; al contrario, se retroalimenta y reinventa de dichos imaginarios que promueven nuevos usos y apropiaciones que constituyen el lugar cotidiano, el espacio vivido.

En este sentido, hay mayor centralidad en la condición subjetiva creada por estos imaginarios; debe quedar claro que más allá de los flujos, la movilidad espacial, desplazamientos, concentraciones, se alude a otras formas de movimiento, es decir, al discurrir de la vida cotidiana, a las interacciones entre sujetos urbanitas practicantes del espacio que proyectaron a partir de esta coyuntura, una imagen de la plaza independiente del discurso predado u oficial. Pensar en la plancha del Zócalo y su vida cotidiana desde el movimiento, superpone toda una serie de prácticas que emergen, fluyen y se desvanecen, que no se esperan, que la mayor de las veces no se planean, mucho menos masivamente, que se filtran; en todas ellas el sujeto social es artífice del movimiento y la creatividad para hacer efectiva la apropiación espacial y establecer el vínculo con el lugar a través del practicar este espacio. Es sustancial la premisa que señala que las tramas subjetivas llevan consigo la dimensión espacial, y por ello se puede plantear que la subjetividad se territorializa en ciertos imaginarios, Castoriadis (2007) en ese sentido, los imaginarios evocan situaciones que aluden a la coincidencia de los practicantes de esta plaza, por su memoria colectiva no necesariamente histórica, sino la emergente, reciente y oral.

Es preciso establecer que las imágenes inmediatas y materializadas en esta plaza pública a partir de los nuevos usos promovidos por el Estado, incidieron en un percibir a sus usuarios, no obstante, al mismo tiempo hicieron posible la constitución de nuevos aprendizajes sociales, se convirtieron, sin así buscarlo, en estímulos que tambalean los esquemas y heurísticos mentales que dominaban la representación que se tenía sobre el lugar y avivaron la posibilidad de producir imágenes actuantes, que guiaron nuevos procesos sobre acción, más allá de las representaciones conocidas (Hiernaux, 2007, p. 20). Aludiendo al propio Castoriadis, Alicia Lindón hace una importante precisión en el tránsito de lo normativo que pueden generar los imaginarios hasta la configuración de los mismos en la producción anómica de la realidad cuando menciona:

Estas significaciones se cristalizan en las instituciones como imaginarios sociales instituidos, y así modelan a las personas, tanto en las normas sociales, las formas de pensar, como en los procedimientos para enfrentar cada evento de la vida social. Así, el imaginario asegura la reproducción de las sociedades (Castoriadis 2002). No obstante, la capacidad creativa e indeterminada de la imaginación puede crear significaciones diferentes, y así llegar a configurar imaginarios radicales que induzcan el cambio social. (Lindón, 2020, p. 181-182)

Cabe señalar que esta aproximación a la imaginación sobre la plaza a ras de suelo, se apoyó desde los procesos de territorialidad -siguiendo el plano en el estudio de las espacialidades ya tratado en el párrafos anteriores en tres dimensiones superpuestas en una hibridación- La primera desde el espacio concebido, la más conocida y tratada, la del uso del espacio desde su funcionalidad y su deber ser, una mirada de lo racional y sus discursos sobre su utilidad y función geométrica. La segunda de ellas es en términos del espacio practicado, es decir con referencia a los espacios frecuentados y recorridos por los sujetos, los espacios en los cuales se cristaliza su existencia mediante la práctica, los hechos fácticos y su materialidad como parte del espacio mismo. La tercera es en términos de los espacios vividos, es decir, cómo son apropiados los espacios, cómo son repensados, y qué significado o sentido se les otorgan, de acuerdo con Di Meo (2000, p. 122), en el marco de los espacios simbólicos constituidos y reafirmados por el imaginario.

Al pensar la territorialidad en estas formas es posible aprehender el sentido que caracteriza a los imaginarios identificados. Los espacios de vida son el lugar donde se despliegan las prácticas cotidianas y se constituyen en espacios vividos por el significado que toman para el sujeto o el sentido que representa un colectivo a través de los escenarios construidos en este sitio.

Sobre el andamiaje metodológico y sus tramas

De entrada, la forma de aprehender la trama cotidiana de las prácticas en esta plancha implicó un seguimiento etnográfico multilocal que a manera de *flaneur* (paseante que descubre) recorre el espacio delimitado y sus escenarios registrando todas las posibilidades sociales para analizar a *posteriori*; las principales herramientas que solidifican estos recorridos y anotaciones de campo fue el registro fotográfico, observación participante y la caracterización semiótica de las imágenes itinerantes de los escenarios en la plaza pública.

Evocar a manera de crónica las prácticas socioespaciales en el Zócalo como territorialidades sociales en la vida cotidiana que a partir de este siglo han formado parte del imaginario de la vida urbana de nuestra ciudad. Su permanencia ha contribuido a darle desde entonces la condición de centro con esencia social en el que transcurren múltiples formas de territorializar el espacio; desde la óptica de este estudio, se han reconfigurado, en cierta medida, se han vuelto más volátiles y han dejado de producirse bajo un determinismo espacial a medida que la plancha del Zócalo se fue transformando de una plaza con fuente a un paseo con jardineras, o lo que hoy es, una plancha de cemento que a simple vista parece plana e isotrópica. Más allá de la historia de los imaginarios que alimentaron la vida cotidiana de esta plaza en el siglo pasado, en este contexto, se focaliza el caso resultante de la intervención estatal, en el marco de la coyuntura de gobiernos al frente de la ciudad de México, en la transición al siglo XXI, misma que permitió la reconfiguración de imaginarios que abonaron a la nueva forma de concebir esta plaza, más allá de su versión histórica oficial conocida y también, independiente de la política masificadora de actividades programadas en este lugar, en todo caso, como resultado de esto último.

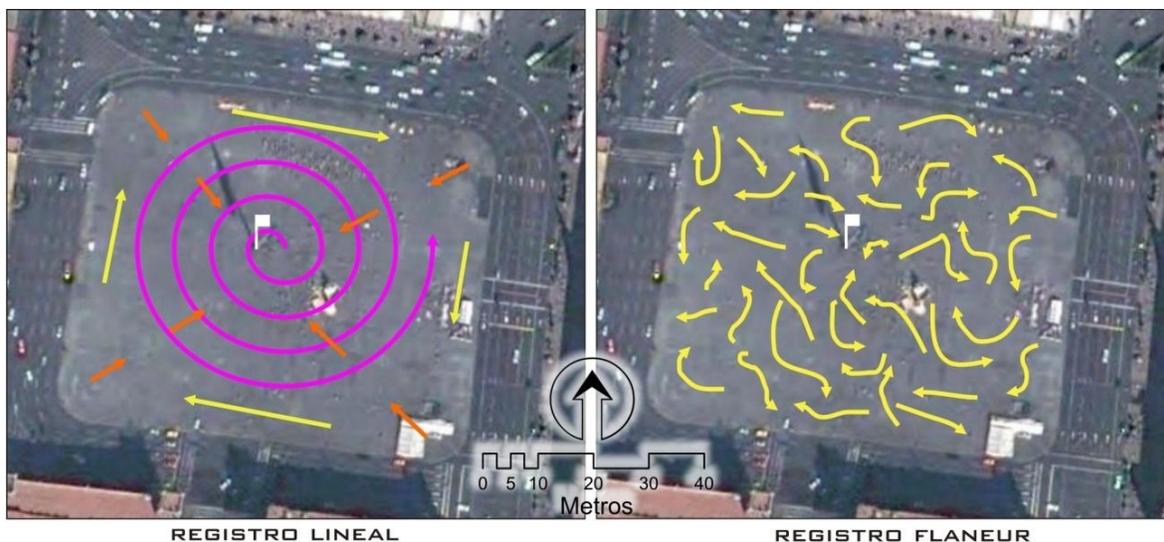
¿Qué tan importante es entender el sentido que adquiere la vida cotidiana en el espacio urbano de la plancha del Zócalo de nuestra ciudad contemporánea? Es la interrogante que condujo la forma de recorrer el espacio analizado; como ya se mencionó, la figura del *flaneur* de Walter Benjamin⁹. El *flaneur*, que se separa por completo del tipo de paseante filosófico y adquiere los rasgos del hombre lobo que merodea inquieto entre la selva social” (Benjamin, 1982 [2005]). Fue esta la principal clave que permitió el trabajo no solo en el deambular y descubrir el espacio, sino el rastreo y registro de la territorialidad, dándole sentido a la identificación, clasificación, organización de los imaginarios socioespaciales de la vida cotidiana del lugar.

La experiencia cotidiana mostró día a día la evidente irregularidad de los acontecimientos, los que se convirtieron en la materia prima de análisis para la identificación de los escenarios y las acciones en ellos; para ser más precisos, la heterogeneidad en términos temporales y de localización puntual de las prácticas al interior de la plancha nunca fue igual. Esto explica cómo los casos se volvieron efímeros en el momento menos esperado, así como desaparecían, se multiplicaban y hasta converger en otro; de manera que un reto importante fue el poder registrar, identificar y clasificar esta sociabilidad líquida en permanente acto de desaparición. Es justo para este reto que la cámara fotográfica se convirtió en la herramienta “sorpresa” que por principio de cuentas “atrapó” estos actos efímeros en información dispuesta al análisis.

El desvanecimiento de escenarios así como la multiplicación de los mismos no permitió mantener una estructura de registro precisamente lineal; la necesidad y el interés descubierto en las acciones observadas fue el principal punto de quiebre y tensión de la experiencia en la plancha, un ejercicio que se volvió de tiempo completo durante los días de dos semanas de trabajo de campo.

Imagen 4. Trabajo de campo en la plaza de la Constitución

⁹ “El *flaneur*” figura metodológica definida por Walter Benjamin en su obra *Libro de los pasajes* (1892-1940), 2005, como el proceso de recorrer deambulando y al mismo tiempo descubriendo sin un plan definido.



Fuente: elaboración propia con base en datos recabados en campo

Fue a través de los días y la maduración del trabajo de campo como se fue configurando un cuerpo de imágenes significantes que, primero fueron vividas, luego registradas para posteriormente ser sistematizadas, analizadas e interpretadas; proceso el cual vale señalar inicia desde la misma experiencia relacional con el espacio y mucho más por el tipo de estudio situacional; se fue convirtiendo en un cúmulo de señales, códigos, tramas, etcétera, que proyectaron distintos escenarios pero en una misma plancha; con diversidad de horarios, de actores, de localizaciones, pero que dan unidad y coherencia a la totalidad socioespacial. En este sentido, nuestra sociedad ha perdido el miedo a intervenir el espacio y hacerse presente en este, interactuando a través de infinitas expresiones de comunicación para retomar su presencia en torno a la ciudad que vive, transforma, y reinventa diariamente. Podemos entender entonces al mismo tiempo que no sólo formas materiales componen nuestra visión de estos escenarios, justo como Armando Silva propone acertadamente, la composición de una imagen urbana es también “aquella impresión conseguida colectivamente en un alto nivel de segmentación imaginaria de su espacio, donde distintos elementos hacen entenderlo como un lugar que no puede ser estrictamente clasificado sólo por su forma física, sino también por distintas expresiones ajenas a esta, resultando apto para coexistir” (Silva, 2000)

Las imaginarios y sus escenarios territorializados

La primera sensación, al emerger del metro a la plancha del Zócalo, es de una presencia material densa por las dimensiones del gran cuadro, al mismo tiempo de identificación simbólica como el “gran centro de todo”. Su complejidad escénica que produce múltiples interacciones sociales efímeras, escurridizas, ocultas es un derrotero de posibilidades de investigación al cual no es fácil acceder; principalmente si consideramos lo entramada, compleja y codificada que es la vida cotidiana en este lugar, mucho más si sólo consideramos la plancha fuera de todo otro referente inmediato hacia cualquier punto cardinal; y es que justamente ese fue el propósito de esta experiencia, delimitar la plancha como tal, lo que sucede en su interior, lo que hay en su interior, lo que allí se produce socialmente hablando.

Es entonces donde los escenarios emergen mediante las prácticas identificadas, el registro topográfico del lugar define localizaciones en su interior y prevé conceptos cognitivos de interpretación del paisaje, del ambiente urbano; asimismo, permite construir una cartografía mental de las apropiaciones sociales del espacio. Estos escenarios van entretejiendo un conjunto de circunstancias alrededor de acontecimientos cotidianos con representaciones en distintos horarios y con distintos actores. La vida cotidiana de la plancha deviene en performances individuales, familiares o de pequeños colectivos que practican su espacio público e íntimo a la vez. Pensemos en algún tipo de práctica concreta como el común caso de la pareja de novios que se detienen en la plancha a cortejarse, contemplarse, besarse, etcétera; o el clásico grupo de extranjeros que se fotografía al pie del asta bandera; otro ejemplo de casos no comunes como el sujeto de la mirada perdida que contempla el suelo como buscando algo mientras balbucea para sí mismo y así pasa horas explorando la plancha; o también el practicante que parece un tipo normal que se acerca a quien se lo permite y le suelta un cuento largo de mil necesidades para justificar pedirle le regale una moneda; o la “adivina”, señora que camina sobre la plancha ofreciendo el servicio de leer la mano, las cartas o el futuro principalmente a chicas estudiantes de secundaria que pasean por la plancha del Zócalo; lugar al cual se fueron de pinta.

Estas entre otras prácticas, rastreadas, identificadas, clasificadas, significadas, interrelacionadas y concurrentes, abonaron a la caracterización de los imaginarios de la vida cotidiana del Zócalo microterritorializados, categorizados de la siguiente forma: Se definieron justamente en el significado dado a la conjunción de lo físico del espacio y lo social en momentos concretos, es decir, la “sinergia que existe entre el espacio y la socialidad”, condición que Michel Maffesoli (2007), considera como el hecho de “sentir y resentir en común la vida cotidiana contemporánea”; en este sentido, los sujetos sociales observados en la plancha, conforman una totalidad social delimitada espacialmente en un mundo común que se constituye de manera afectiva.

“Lugar para el encuentro colectivo”





La importancia de capturar en estas imágenes la apropiación social de este espacio a lo largo del día y en torno a la cotidianidad fue una visión que definió su realización; el registro está construido a partir de imágenes referidas sólo en torno al asta bandera de la plancha del Zócalo, así como a la sombra que proyecta el sol a lo largo del día. Esta delimitación presupone capturar esta especie de reloj solar que se produce durante la transición del sol a lo largo del día. Principalmente se delimitó por la sombra producida, y en ella, el establecimiento de personas indistintas que construyen socialmente este espacio en un escenario a través de la serie de relaciones que se vierten en esta sombra social. Este imaginario es el único que mantiene una condición de mayor estabilidad y de continuidad en sus prácticas materiales, por su localización espacial específica al interior de la plancha que se ubica justo en el mástil del asta bandera monumental. Donde justo más allá del significado simbólico que le precede, se superpone el sentido del encuentro social que posibilita la sombra que genera el asta bandera durante las horas de sol durante el día.

“Lugar para la expresión con libertad”



Este imaginario devino de la serie de percepciones que los practicantes del espacio han focalizado, al considerar que este lugar posibilita todas las formas de expresividad realizadas socialmente (sea individual o colectivo) en la cotidianeidad de la plancha del Zócalo capitalino. Expresiones no establecidas por ninguna normatividad ni oficial, ni política, es decir, multiexpresividad que no se puede dar por sentada. Este espacio es y ha sido una constante de expresiones sociales de distinta índole que han ido marcando y definiendo su imaginario social. La plancha como un escenario dispuesto, no determinado espacialmente en su delimitación cotidiana, permite en esta trama de convergencias sociales multiterritorializar la cultura; pero la de la improvisación, la de todos los días, la que no necesita autorización o diseño para hacerse efectiva, la que puede mantenerse al margen de regulaciones y estatutos

“El lugar para el intercambio”



Este imaginario concurre en la práctica convergente del significado que los sujetos sociales le dan a este espacio como un sitio dispuesto para el intercambio, en todos los sentidos posibles, la venta, divulgación, exposición, recuperación, de todo tipo de cosas, artefactos, información, ideas, etcétera, todo de manera itinerante, ya que tienen claro que no puede haber un establecerse de modo permanente dentro de la plaza, para ningún tipo de intercambio. Este escenario es un mundo de prácticas que, en el accionar de los sujetos sociales aparecen y desaparecen en la búsqueda de vender, negociar, difundir, pedir, en sentido concreto, intercambiar de manera itinerante. Resultó de un imaginario que enfoca las relaciones de ambulante en términos del comercio no establecido sino de movilidad, es decir, el realizado de forma micro moviéndose sobre la plancha, el comercio en la vida cotidiana de este espacio no es nada nuevo, pero sí transformado.

“Lugar para lo inesperado”



El escenario constituido desde la serie de significados en tendencia que cruzan en las imágenes de los actores sociales, desentramó un tipo de acciones individuales o colectivas inesperadas e imprevisibles, pues este espacio de condiciones multiterritoriales se vuelve el escenario menos determinista en términos espaciales de sus usos y apropiaciones. Este registro se basó de forma particular en delimitar las acciones y situaciones individuales o colectivas no esperadas o mejor aún poco vistas o sucedidas en este espacio; acciones que no son previsibles pero que suceden y se pueden definir como anómicas¹⁰. En términos de los escenarios imaginados al decodificar la serie de imágenes de la vida cotidiana de la plancha, precisamente éste, resultó el más volátil de

¹⁰ De acuerdo con Emile Durkheim lo anómico es entendido como el comportamiento que supera o carece de las normas sociales establecidas en un contexto específico espacio-temporal. Visto como no normal, poco usual y por tanto no aceptable o entendible.

todos pues enmarca una serie de prácticas poco observadas; lo cierto es que dentro de las mil posibilidades de usos y apropiaciones enmarcadas en los escenarios ya delimitados, suceden estos hechos que superan una estandarización de prácticas definitorias de los mismos; justo bajo estos parámetros se pueden posicionar estas nuevas acciones, que se dan en el punto de localización de la plancha menos pensado, el día y la hora menos previstas, pero suceden con una constante repetición que las vuelven la cadena de una nueva demarcación escénica en el espacio de la plancha, considerando así otra dimensión transitoria de esta totalidad social de la vida cotidiana en este espacio público.

Reflexiones finales

En términos concretos este momento abordó un eje situacional transversal, es decir, lo que sucede hoy en este espacio y se fue construyendo como resultado fortuito y aleatorio que provocó la intervención del Gobierno de la Ciudad al corazón del CH en la transición al siglo XXI. Por tanto, la condición empírica del estudio primordialmente buscó desentramar a través sus imágenes la construcción social de la vida cotidiana en la plancha del Zócalo de la ciudad de México; las formas de construir socialmente su espacio, de relacionarse con su entorno, de intervenirlo, de vivirlo, de apropiárselo; en una sola frase, de imaginarlo al practicarlo cotidianamente. Lo cierto es que desde entonces, la vida cotidiana en la plancha del Zócalo sigue goteando puntualmente cada día en nuevas formas de socialización, de territorialidades que no sólo se adaptan a un espacio de acuerdo a su condición física y discursiva como era en mayor medida en siglos pasados, sino que hoy intervienen más el espacio con nuevos imaginarios.

Ciertamente el corazón del Centro Histórico en el marco de todos estos distinguos, sean más convergentes o de conflicto, ha devenido en un espacio de coexistencia de todas estas visiones de manera articulada; se organizan y reconfiguran de acuerdo con el flujo y transformación de la vida social. En esta medida, el Zócalo, a pesar de todas las estructuras establecidas, es territorializado por múltiples usos y apropiaciones que conjugan una totalidad que representa a la ciudad en este lugar. Cabe destacar que la óptica de este estudio sobre el discurso gubernamental, establece una crítica en cuanto al sentido racionalista con el que se construye su concepción sobre el espacio y su manera de regular sus usos; no obstante, es importante subrayar que esta nueva condición que adquirió este sitio hace más de veinte años, como un espacio urbano de renovada centralidad y nueva administración política, es una plataforma coyuntural de cambio y reconfiguración de las prácticas socioespaciales colectivas y del imaginario social acerca del mismo.

No obstante, una recomendable e interesante satisfacción es vivir este espacio a través de la propia experiencia relacional, situacional, a ras de suelo en la misma plancha con la lente de los ejes aquí propuestos, justamente por lo que Marina Frolova menciona:

“Apropiarse de un lugar no es sólo hacer de él una utilización reconocida sino establecer una relación con él, integrarlo en las propias vivencias, enraizarse y dejar la propia impronta, organizarlo y devenir actor de su transformación. Puede ser también acotarlo

para limitar el acceso sólo a los elegidos, aceptados, y con ello diferenciarse de los demás, situar su lugar en la sociedad, especificándose y oponiéndose” (Frolova, 2001)

En términos generales, la condensación de actores sociales en la plancha constituyen los escenarios que integran los aspectos de acción, de imagen, identificación, interacción, proyección y personalización, es decir, de territorialidad espacial y temporalmente. Es completamente sustantivo subrayar cómo el espacio en la plancha no se limita a ser un mero contenedor a la manera euclidiana de modos y formas de realizar actividades, no es sólo un receptáculo de flujos y movilidad de personas sin sentido, más que eso y de manera prominente es un cúmulo de escenarios y prácticas cotidianas entramadas por los sujetos que construyen el espacio a través de sus imaginarios territorializados.

Bibliografía

- Aura, Alejandro, “Agua con el Zócalo”, en [alejandrouro.wordpress](http://alejandrouro.wordpress.com/2008/02/15/aguas-con-el-zocalo/) (en línea), secc. Archivos, México, 15 de febrero, 2008, <http://alejandrouro.wordpress.com/2008/02/15/aguas-con-el-zocalo/>. (Consulta: 6 de mayo de 2009.)
- Burke, Peter, Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico, Barcelona, España, Ed. Crítica, 2000.
- Castoriadis, Cornelius. 2007. La institución imaginaria de la sociedad. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Dardel, Eric, L'homme et la terre, Editions de Comité des Travaux historiques et scientifiques, París. 1990.
- Delgado, Manuel, (1999), *El animal público, Hacia una antropología de los espacios públicos*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Delgado, Manuel. *Sociedades movilizadas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama, 2007, 275 p. [ISBN: 978-84-339-6251-5]
- Durkheim, Emile, Las reglas del método sociológico, Editorial la pléyade, Buenos Aires, Argentina, 1976.
- Frolova, Marina, “Los orígenes de la Ciencia del paisaje en la Geografía rusa”, en Scripta Nova (Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales), Vol. 102, Barcelona
- Gamuchian H., Représentations et aménagement du territoire, Paris, Economica, 1992.
- García Lamas, José Manuel Ressano, Morfología urbana e desenho da cidade, Lisboa, 1990.
- García, Fernando, “Proposición de legisladores: punto de acuerdo para acciones sobre los festejos alusivos al grito de la independencia”, en Gaceta del Senado de la República (en línea), secc. en comisión permanente, México, 23 de Agosto de 2006, <http://www.senado.gob.mx/gace2.php?sesion=2006/08/23/1&documento=47> (Consulta: 8 de mayo de 2009.)
- García, Salvador, “Sigue y seguirá regenteo del Zócalo por parte del PRD”, en Lupa ciudadana (en línea), secc. Distrito Federal, México, 14 de febrero, 2008, <http://www.lupaciudadana.com.mx/SACSCMS/XStatic/lupa/template/not...> (Consulta: 16 de abril de 2009.)
- Haesbaert, Régério, 2da edição O mito da desterritorializacao Do “fim dos territórios” a multiterritorialidade, Bertrand Brasil DFL, Rio de Janeiro, Brasil, 2006.

- Hiernaux, Daniel, "Transformación y gestión del territorio en la ciudad de México" 9-22, Revista Veredas n° 10 UAM-X, 2005
- Huerta, Jorge, "¡Liberen el Zócalo!", en La Crónica de Hoy (en línea), secc. Opinión, México, 26 de enero, 2008, http://www.cronica.com.mx/notaImprimir.php?id_nota=344340. (Consulta: 14 de abril de 2009.)
- Jodelet, Denise (1986), "La Representación social: fenómenos, concepto y teoría", en Serge Moscovici (ed.), *Psicología social*, Barcelona: Paidós
- Lacarrière, Monica Beatriz; *Ciudades Contemporáneas: tensiones entre microterritorialidades y lugares negociados y/o disputados en contextos de "inter-territorialización"*; Grupo de Estudios Urbanos; *Ciudades*; 10; 17; 12-2013
- Lefebvre, Henri, *Espacio y política. El derecho a la ciudad II*, Ediciones Península, Barcelona, 1976.
- Lindón, Alicia. (2020). La dimensión imaginaria de La vida cotidiana: La aventura del viaje placentero en la Ciudad de México. *Cultura y representaciones sociales*, 15(29), 177-201
- Maffesoli, Michel, "La potencia de los lugares emblemáticos" en, *Convergencia*, Mayo – Agosto, vol. 14, n° 044, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México, pp. 41-57, 2007.
- Moreno, María de los Ángeles, "Proposición de legisladores: punto de acuerdo titulado Respecto a la utilización de los espacios públicos en el distrito federal", en *Gaceta del Senado de la República* (en línea), secc. Sesión en comisión permanente, México, 11 de Diciembre de 2007, <http://www.senado.gob.mx/sgsp/gaceta/imprimir.php?sesion=>
- Moscovici, Serge (2003), "Notas hacia un descripción de la representación social", en *Psicología Social. Revista Internacional de Psicología Social*, núm. 2, México: s.n
- Pérez, José Ramón y Alberto Morales, "Se pelean control de la plancha del Zócalo", en *El Universal* (en línea), secc. Nación, México, 6 de Septiembre, 2007, http://www.el-universal.com.mx/nacion/vi_153880.html. (Consulta: 14 de abril de 2009.)
- Perló, Manuel y Antonio Moya, "Dos poderes un solo territorio: conflicto o cooperación" en Patricia Ramírez Kuri (coordinadora), *Espacio público y reconstrucción ciudadana*, Miguel Ángel Porrúa, FLACSO México, 2003.
- Rabotnikof, Nora, "Introducción: Pensar lo público desde la ciudad", en Patricia Ramírez Kuri Patricia, (coordinadora), *Espacio público y reconstrucción ciudadana*, Miguel Ángel Porrúa, FLACSO México, 2003.
- Rouquette, M.-L. (2002). Representaciones, historia y discurso. *Psic. Soc., Revista Internacional de Psicología Social*, 1(1), 79-82.
- Scott, J. C. (1998). Acknowledgments. In *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. Yale University Press.
- Silva, Armando, *Imaginario Urbano* (4ta edición) Editorial tercer mundo, Bogotá, Colombia, 2000.
- Simmel, George, *Cuestiones fundamentales de sociología*, Gedisa, Barcelona, 2002.
- Tamayo, Sergio, *Espacios ciudadanos, la cultura política en la ciudad de México*, Ediciones Unión, Colección Sábado Distrito Federal, 2002.

Referencias hemerográficas

- La jornada, Ciudad de México.
- El Universal, Ciudad de México.
- Milenio, Ciudad de México.
- Proceso, Ciudad de México.

- La Crónica, Ciudad de México.
- El Siglo de Torreón, Torreón, Coahuila.
- Metrópoli, Ciudad de México.